

Marina Casado

LA MANZANA DE ERIS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº29—

MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MARINA CASADO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS
Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: diciembre, 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-39-6
Depósito legal: M-28827-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mis padres, José Ángel y Carmen.

A Juan, mi hermano.

«He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura»

ALLEN GINSBERG. *Aullido*

Recuerdo a Carolina fumando compulsivamente, arrojando el cigarro al suelo antes de terminarlo y, a los cinco minutos, extrayendo otro de la cajetilla. Hablaba muy deprisa y gesticulaba de forma exagerada, siempre oculta tras unas Ray-Ban, con los labios encendidos de carmín rojo. Cuando trato de pensar en el color de su cabello, unas veces lo veo moreno y otras, rubio platino. También lo tuvo azul un tiempo, aunque no lo llegué a conocer en persona; lo supe por las fotos que publicaba en sus redes sociales.

El día en que me anunciaron su muerte, sonaba en la redacción del periódico aquel viejo tema de The Mamas And The Papas: *California Dreaming*, y fuera caía una tormenta monumental. Por eso ahora, cuando recuerdo a Carolina, asocio inevitablemente su imagen con la lluvia y con la música *hippie*, aunque a ella solo le gustara el verano y el rock español de los noventa.

Murió una madrugada de mayo. Yo me enteré al día siguiente, cuando Alisa me llamó a la redacción. «Se ha muerto Carol, tía», fueron sus palabras, y me costó unos segundos procesarlas. Cinco palabras que no casaban entre ellas, porque jamás hubiera relacionado a Carol con la muerte.

—Se ha muerto Carol, tía. Me ha llamado su padre hace un rato. Está en el Tanatorio de San Isidro.

A Alisa le temblaba la voz. O tal vez fuera su timbre habitual y al llevar demasiado tiempo sin escucharlo me había desacostumbrado.

—¿Natacha? ¿Estás ahí?

—Sí... ¿Cómo que se ha muerto? ¿Carol?

—No lo sé. No he entendido bien a su padre. Está en el Tanatorio San Isidro.

—Pero... ¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

El Tanatorio de San Isidro se alza en el parque madrileño del mismo nombre, más conocido como «La Pradera». Ese viernes empezaban las fiestas del patrón de la ciudad, las cuales durarían hasta el martes siguiente, y no sé a quién se le pudo ocurrir la fantástica idea de trasladar a un familiar a un tanatorio cuyas intermediaciones constituyen el escenario de unas fiestas patronales. Entiendo que, en momentos así, los padres de Carolina no habían podido reflexionar mucho.

Cuando llegué con Alisa y Reme, ni siquiera conocíamos la causa de la muerte de nuestra antigua compañera. A decir verdad, yo todavía no había asimilado la noticia. No me sentía triste ni perturbada en modo alguno, y el grotesco espectáculo de avanzar entre adolescentes sentados en corro sobre el césped con litronas de cerveza, mientras se oye de fondo un reguetón anodino y el claxon de las atracciones de la feria, no contribuía a crear un mínimo dramatismo. Nuestra propia presencia allí parecía extraña.

—¿Os acordáis de cuando veníamos a las fiestas? —preguntó Alisa, supongo que para romper el hielo.

—No sé cómo les quedan ganas de sentarse en el césped; estará húmedo, con la que ha caído hoy —añadió Reme, señalando al grupo que teníamos enfrente.

Después volvió a reinar el silencio entre nosotras. El pesado silencio de la muerte de Carol, cuyos detalles aún no conocíamos; el hiperbólico silencio construido sobre el reguetón y las risas de los adolescentes en nuestro camino hacia el tanatorio. Nos sentíamos responsables de ese silencio, obligadas por las circunstancias pero, también, cómodas por tener una excusa para no iniciar una conversación después de tanto tiempo sin vernos. Creo que ninguna entendíamos bien nuestra propia presencia allí.

El edificio apareció en nuestro campo de visión de forma abrupta, inopinada. Unos metros más allá, el césped húmedo y las

litronas. Se me pasó por la cabeza la improcedente idea de que a Carolina le hubiera hecho gracia la situación. La imaginé con su cigarro inseparable charlando en uno de aquellos corros, embelesando al personal.

Cruzamos el umbral del edificio y preguntamos en la recepción por la sala. La fría pulcritud del tanatorio construía una distancia respecto a la idea de la muerte, anestesiando mi conciencia. Una mujer lloraba sentada en un banco y aquel breve soplo de humanidad resultaba casi extemporáneo. Alisa y Reme mantenían una expresión impenetrable; probablemente se sintieran tan ajenas a los acontecimientos como yo. Después de todo, hacía casi tres años que no veíamos a Carol, más allá de fotos en las redes sociales y mensajes en el móvil por fechas señaladas como cumpleaños o Navidades. Parecía feliz y ajetreada, como siempre.

La realidad me golpeó de bruces al ver la cara de su madre, pálida y con los ojos hinchados. A lo largo de mi vida, he constatado que la muerte de un ser querido se queda grabada en el corazón y en la piel. El caso es que, de repente, empecé a creerme que Carolina había muerto, y algo en el abrazo desesperado de la madre despertó mi agitación interior. El silencio ficticio se rompió y empecé a escuchar cada conversación, cada susurro de la sala, como si mi sentido del oído se hubiera potenciado al contacto con la realidad. Alisa había empezado a llorar discretamente y Reme le preguntaba a la pobre mujer qué le había pasado a Carolina, pero la respuesta resultaba ininteligible a causa del llanto. Entonces se acercó un hombre muy calvo que debía de ser el padre y nos dio la mano a las tres, con el estilo impecable y depurado de un oficinista.

—¿Sois las compañeras de Periodismo de Carol?

—Sí... Lo sentimos muchísimo. No podemos creerlo aún.

Dije eso e inmediatamente después me sonaron frívolas mis propias palabras. Aun así, el padre parecía sereno.

—Muchas gracias por venir. Me hablaba de vosotras durante la carrera...

—Pero... ¿qué es lo que ha pasado? —volvió a preguntar Reme.

El padre hizo como si no hubiera escuchado y se volvió hacia un hombre que pasaba a nuestro lado, disculpándose ante nosotras.

Alisa, Reme y yo nos miramos en silencio.

—Pero, ¿qué le ha pasado? —insistió Reme con voz temblorosa.

Los acontecimientos empezaban a afectarnos. Me di cuenta de que la sala estaba abarrotada y no conocía a casi nadie. Algunos rostros se me antojaban familiares de las redes sociales: personas de nuestra edad. Lo cierto es que nos habíamos distanciado bastante en los últimos años y no me resultaba raro que los círculos amistosos de Carol me fueran casi desconocidos.

—Todo esto es tan extraño —dije.

—Tía, ¿por qué nadie nos ha dicho nada? —preguntó Alisa.

—Es un tema delicado —respondió de repente un joven que llegó hasta nosotras—. ¿Sois Alisa, Natacha y Reme?

—¿Eres Jesús? —le pregunté.

—Sí, encantado. Siento que nos conozcamos en estas circunstancias. Carol me hablaba mucho de vosotras.

Nos dio dos besos a cada una. Conocía a Jesús, el novio de Carol, gracias a su cuenta de Instagram. Siempre me pareció el típico «musculitos» descerebrado de cejas depiladas y camiseta ceñida con cuello de pico. Aquel día se había puesto una camisa blanca y tenía el rostro congestionado de llorar.

—Carol no quería seguir viviendo —explicó mirando al suelo.

—¡¿Cómo?!

—¿Qué dices?

Jesús tomó aire y cerró los ojos durante unos segundos, haciendo un gran esfuerzo por expresarse.

—Se quitó la vida.

Mis antiguas compañeras y yo nos miramos de hito en hito. Alisa se tapaba la boca y, por su expresión, parecía que se fuera a desmayar de un momento a otro.

—Pero si a Carol le encantaba vivir —espeté—. Nadie disfrutaba de la vida como ella. No tiene sentido.

—Bueno, en los últimos meses había cambiado mucho —dijo Jesús.

—Yo la seguía en redes sociales y...

—A veces las redes sociales no son más que una máscara —me interrumpió—. No era feliz.

No supe qué más decir. Jesús había empezado a llorar de nuevo, sin hacer ruido; Alisa y Reme miraban fijamente al suelo. La pregunta de «cómo fue» empujaba desde mi garganta. Logré contenerme y no formularla; hubiera podido interpretarse como un afán de morbosidad. No importaba la manera, Carol estaba muerta y, lo que era peor, se había suicidado. *Suicidio*. La palabra flotaba en el aire, envenenándolo. Mientras, el fantasma de Carol se reía y fumaba, fumaba todo el tiempo, incrédulo e inconsciente. Estaba allí, con nosotras, riéndose. Mi recuerdo era tan vívido que parecía real. A nuestra derecha, había un joven solo, apoyado en la pared con las mangas de la camisa remangadas y la corbata algo floja. Nos miraba disimuladamente. Por sus facciones y el color de su cabello, parecía extranjero. Algo más allá, un señor entrado en años sostenía a la madre de Carol, quien había empezado a perder la compostura. Yo los contemplaba desde una extraña distancia, como si estuviera soñando.

—Disculpadme; voy con la madre de Carol —dijo Jesús.

—Claro, no te preocupes —respondió Alisa—. Yo tengo que pasar al servicio.

—Voy contigo —dijo Reme.

Al contrario que mis antiguas compañeras, no conseguía llorar. En los últimos meses, Carolina se había convertido para mí en una especie de ídolo de redes sociales, alguien ajeno y transeúnte en mi vida. Quedaba lejos ya la muchacha a la que le prestaba los apuntes durante la carrera, aquella con la que me tomaba una caña detrás de otra los viernes al salir de la facultad mientras hablábamos de nuestras últimas conquistas sentimentales y de su incapacidad de alcanzar una estabilidad emocional.

—Fue con barbitúricos —dijo de repente una voz a mis espaldas.

—¿Cómo?

Me volví y allí estaba el joven de camisa remangada cuyo acento indicaba que no era extranjero. Tal vez sus padres. Tenía el cabello muy claro, entre rubio y pelirrojo, las cejas pálidas y los ojos azules. El flequillo ladeado le cubría parte de uno. Su rostro me resultó vagamente familiar.

—Estaba escuchándoos antes —confesó—, y fue con barbitúricos. Carolina se metió en el cuerpo un buen puñado de pastillas somníferas.

—Pues... Gracias por...

—Era amigo suyo, por si te lo preguntabas.

—Sí, ya me imagino que... Yo también, creo.

Me sentía incapaz de articular una frase coherente después de recibir aquella información. La Carolina que yo conocía jamás se hubiera planteado la idea del suicidio. El desconocido me miraba fijamente, como si quisiera leer mis pensamientos. Era una situación incómoda. Entonces se acercaron dos chicas y una le golpeó suavemente en el brazo para llamar su atención. Se volvió hacia ellas y se pusieron a hablar. Yo permanecía inmóvil. El joven hablaba y me lanzaba miradas de cuando en cuando mientras sus acompañantes charlaban, demasiado risueñas para el lugar en el que nos encontrábamos. Alisa y Reme regresaron poco después del servicio.

—¿Te importa si nos vamos ya? —preguntó Reme hablando por las dos.

—Lo veo —concedí.

Salimos sin despedirnos, casi sin mirar a nadie. Había pasado poco más de media hora desde que entramos, pero me parecía un mundo. Dejamos atrás la sala y avanzamos por los pasillos fríos del tanatorio. Al cruzar el umbral del edificio, nos recibieron el sol y la suave brisa y el lejano reguetón que llegaba desde la feria. Como si acabara de despertar de una horrible pesadilla.

—¿Os parecería muy extraño si tomáramos algo en La Pradera? —propuse.

Fue extraño, realmente. Una hora más tarde, apurábamos la segunda caña sentadas en la terraza de una caseta mientras veíamos ponerse el sol y la última canción de Enrique Iglesias destrozaba mis oídos. Lo cierto es que la gente de fuera siempre imagina que en las fiestas patronales de Madrid se escuchan chotis y pasodobles, pero eso solo ocurre un rato, la mañana del 15 de mayo, día de San Isidro. El resto es música comercial.

Durante aquel tiempo, estuvimos hablando de nuestras respectivas vidas. Alisa trabajaba a media jornada como *social manager* en una empresa de cosméticos. El sueldo no le daba para independizarse con su novio, que estaba en paro. Era el mismo novio de siempre: Sebas. Se habían conocido en el instituto. La primera vez que lo vi, en primero de carrera, me pareció un individuo anodino y carente de cualquier tipo de encanto, y aquella impresión se mantuvo a lo largo del tiempo. En cuanto a Reme, llevaba dos años trabajando en la misma tienda de ropa, donde había conocido a la que ahora era su pareja, Itziar, doce años mayor que ella.

De las tres, yo era la única que se dedicaba a algo estrictamente relacionado con la carrera que habíamos estudiado. Escribía en la sección de Sociedad de un periódico digital mediano: El Cohete.

Como no éramos muchos en la redacción, también me tocaba ocuparme de las labores de infografía para mis textos y orientar a los jóvenes becarios que realizaban sus prácticas universitarias.

—¿Qué tal con Adán? —quiso saber Alisa.

—No me puedo quejar —respondí—. La convivencia no va nada mal. Pensaba que iba a ser una discusión tras otra, pero en absoluto...

—Adán tiene sus cosillas... —opinó Reme.

—Pues como todos, tía —subrayó Alisa—. El hombre perfecto no existe.

De nuevo, sobrevino el silencio entre nosotras como si, en un instante indeterminado, Carolina hubiera hecho acto de presencia, trayéndonos su muerte y colocándola encima de la mesa.

—Fue con barbitúricos —dije rompiendo el silencio.

—¿Qué dices? —se asombró Alisa— ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó un amigo suyo cuando fuisteis al baño.

—No puedo imaginármela haciendo eso —opinó Reme.

—Bueno, realmente, ninguna podemos decir que conociéramos a la Carol de los últimos años —dije—. No sé vosotras, pero yo intercambiaba mensajes con ella en fechas muy señaladas, y mensajes muy prototípicos, nunca me contaba cosas íntimas.

—A mí me decía que teníamos que quedar —confesó Alisa—, pero dos o tres veces pusimos fecha y siempre le surgió algo en el último momento.

Volvimos a guardar silencio porque, en el fondo, éramos conscientes de que a nosotras nos había pasado lo mismo. Cada vez que habíamos intentado planificar un encuentro entre las tres, Reme se excusaba alegando reuniones familiares o trabajo. Durante un tiempo, Alisa y yo nos vimos con cierta frecuencia hasta que su interés por nuestra amistad fue decayendo. Al principio, mantenía un discurso aparentemente sólido en el que aseguraba que yo era su

amiga del alma y que, aunque nos viéramos menos, nunca salía de su vida ni de sus pensamientos. Cuando la distancia entre sus palabras y sus hechos se hizo demasiado grande, simplemente dejé de saber de ella. Nos felicitábamos los cumpleaños, las Navidades y poco más.

—Bueno, yo voy a iros dejando, que el día de hoy me ha agotado —anunció.

—Lo mismo digo —añadió Reme.

—Venga, vámonos ya las tres.

Habíamos llegado a ese punto en el que cualquier intento de demostrar interés hubiera sonado forzado. Formuladas las preguntas educadas de rigor, volvíamos a ser tres desconocidas cuyo único lazo se limitaba al pasado. Tres desconocidas reunidas de nuevo a causa de un acontecimiento más extraño que trágico: la muerte de una persona que había sido nuestra amiga y a la que en esos momentos tampoco conocíamos.

Mientras nos levantábamos de las sillas empezó a chispear. Avanzamos a duras penas hacia la entrada del parque, envueltas por el olor a fritanga de las casetas y la música terrible que ya apenas reconocía. La lluvia aumentó su ritmo y los corros de adolescentes comenzaron a dispersarse precipitadamente. A nuestra izquierda, algunas personas trataban de cobijarse bajo los toldos de las casetas que vendían rosquillas del santo, el dulce tradicional de aquellas fiestas. Nosotras continuamos nuestro camino como si la lluvia no importara, abstraídas en aquel incesante silencio, y al llegar a la boca de metro nos despedimos de manera insustancial y nos dedicamos las manidas palabras: «Tenemos que vernos más a menudo... A ver si nos escribimos y quedamos pronto...». Alisa y Reme cogieron el metro y yo seguí caminando hacia Delicias.

La muerte de Carol no había cambiado nada. Ninguna muerte, por importante que pueda parecernos, logra que el universo se

detenga y abrace nuestra desolación. Todo sigue cruelmente vivo, en movimiento. En ese caso, ni siquiera era capaz de sentir dolor; como mucho, una leve punzada de nostalgia que se me clavaba como una fina aguja a la altura del pecho.

—2—

Esa misma noche, soñé que caminaba por la playa junto a Carolina. Llevaba el mismo turbante que se puso la última vez que fuimos a Málaga, aprovechando la famosa feria que se celebra en agosto. Hacía un sol radiante e íbamos hablando de algo intrascendente y el humo de su cigarro se deshacía en nubes multicolores.

De pronto, empezó a escucharse a lo lejos *California Dreaming*, y las primeras gotas de lluvia se deslizaron por mis hombros desnudos. Carolina se había quedado detenida, como en un lienzo. La llamé por su nombre, pero no se escuchaba mi voz. Unos metros más allá, rodeado por el Mediterráneo, lloraba Jesús, vestido con aquella camisa blanca. Al fondo, se avistaba una ola gigantesca que avanzaba hacia nosotros, más y más cerca...

Desperté muy agitada, con la mirada inquieta de Adán clavada en mi rostro.

—¿Qué ocurre, Natacha?

—Una pesadilla.

Se incorporó y se puso las gafas. Sus ojos castaños reflejaban aquella expresión particular, mezcla de dulzura y de inteligencia, que siempre lograba calmarme.

—¿Quieres contármela?

—Creo que voy a por un vaso de agua.

Adán me dejó ir, sin quitarme la mirada de encima. Conocía los últimos acontecimientos y había querido acompañarme al tanatorio,

pero yo le expliqué que se trataba de algo muy mío —mío y de mis antiguas amigas— a lo que prefería enfrentarme sola. En la cena, casi no hablamos del tema.

En vez de volver a la cama, me repantigué en el sofá y comencé a hacer algo que, desde la terrible noticia, no me había atrevido a hacer: revisar el perfil de Carol en Instagram. La última publicación era de hacía tres semanas; un poco extraño, teniendo en cuenta que mi antigua amiga era de esas personas que mantienen sus redes constantemente actualizadas. En la foto aparecía un paisaje; concretamente, una playa, lo cual hizo que mi corazón se acelerara durante unos segundos hasta que leí la localización: Playa de la Caleta, Cádiz. El pie de foto mostraba una reflexión, probablemente de su autoría: «El mar siempre da paz. Las voces por fin han callado. Yo debo descansar un tiempo».

La leí varias veces. No resultaba propia de Carol: demasiado profunda. La Carol que yo recordaba era alocada, alegre; no se detenía en ese tipo de disquisiciones existenciales. Lo cierto es que parecía una foto distinta a las que poblaban su perfil, pues la mayoría estaban protagonizadas por ella y por Jesús en fiestas, en viajes, en conciertos. Había también muchos vídeos en los que Carol aparecía realizando tablas de ejercicios o dando consejos nutricionales a sus más de veinte mil seguidores. De un tiempo a esta parte, se había obsesionado con el ejercicio físico, tal como demostraba en su cuenta. Nunca había tenido problemas de sobrepeso; al contrario, cuando yo la conocí, le acomplejaba su delgadez. Sin embargo, ese complejo había quedado atrás porque, la joven que aparecía en las fotos estaba delgada, sí, pero con una musculatura muy desarrollada. Sin duda, el ejercicio había dado sus frutos.

Las publicaciones, por lo que pude ver, seguían una periodicidad semanal; incluso había semanas en las que Carol llegaba a publicar fotos con mensajes motivadores hasta en tres ocasiones. Los textos

que acompañaban las imágenes desprendían optimismo y alegría, pero pecaban de escasa originalidad: «Hoy va a ser un gran día», «Empieza a vivir como siempre has soñado», «El cambio comienza en ti», «La felicidad está al alcance de tus manos»... Casi parecía que tratase de vender algo.

Entonces descubrí que no se trataba de una mera impresión: efectivamente, intentaba vender algo. Bajo una foto en la que aparecía posando en bikini, un texto rezaba: «¿Necesitas un cambio en tus hábitos? ¡No lo dudes y escíbeme! Te orientaré de forma personalizada hasta que logres cumplir tus sueños». Había otras publicaciones que mostraban el antes y el después de una serie de mujeres que, por lo visto, eran clientas de Carol. ¿Desde cuándo se había hecho nutricionista? La última vez que la vi trabajaba en una agencia de noticias gracias a un enchufe de su padre. Y a juzgar por lo que estaba descubriendo, la orientación nutricional no parecía un simple pasatiempo. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta entonces? Tal vez porque hasta ese momento no me había detenido a leer los pies de foto, porque su «negocio» (si se podía llamar así), existía casi desde la creación de la cuenta, tres años antes, en 2015. Hasta mediados de 2016 no había entrado Jesús en escena, convertido en su nueva pareja «gimnástica». Juntos formaban el dúo perfecto: jóvenes, guapos, atléticos, amantes de los viajes...

Los ojos verdes de Carol me taladraban desde las fotografías. Algo en su aparente felicidad resultaba impostado y, sin embargo, no sabía precisar qué. En realidad, su naturalidad siempre había sido muy elaborada, paradójicamente. Trataba de mostrarse frívola ante el mundo pero existía una profunda complejidad en su interior, de la cual me mostró una parte en los años de universidad. Carol también sufría y se preocupaba terriblemente por mantener una imagen de despreocupación. Alguna vez fui testigo de eventuales ataques de histeria. En pocas ocasiones perdía los nervios, pero

cuando lo hacía, podía temblar el universo. Su inteligencia, oculta tras un disfraz de mediocridad, mantenía una cruenta batalla con la atracción por el abismo que solía dominarla. Por eso, el texto que acompañaba a la última fotografía, la de la playa —la única publicación en la que no aparecían seres humanos—, no me parecía propio de ella. No por su incapacidad de alcanzar tales reflexiones, sino por lo extraño que resultaba que las compartiera públicamente, ya que parecían totalmente contrarias a la imagen de sí misma que trataba de proyectar.

Mis investigaciones me mantuvieron ocupada casi hasta el amanecer. Cuando las primeras luces se colaron por la ventana del salón, decidí que había llegado el momento de volver a la cama. Adán despertó brevemente y me miró de soslayo sin decir nada. Tal vez ya estuviera despierto.

Aquel sábado estuve durmiendo hasta la hora de comer. Encontré a Adán instalado en la mesa del salón, rodeado de libros.

—Pensaba que ya habrías hecho la comida —espeté.

—Me he entretenido. Tú duermes, yo investigo.

Se había recogido el cabello negro, que ya le alcanzaba los hombros, en una coleta diminuta. Levantó la cabeza de entre los libros y me miró.

—¿No me preguntas por lo que investigo?

—Me lo vas a contar igual.

Sonrió condescendiente.

—He descubierto a un poeta interesantísimo. Se llama Ander Ezkundu, fundador del movimiento de la «Desoriginalidad».

—Tú y tus poetas. ¿Qué es la «Desoriginalidad»?

Lo cierto es que no me lo llegó a contar. Mientras comimos, no me sacó en ningún momento el tema de Carol ni el de mi pesadilla. Aunque en cierto modo lo agradecía, me hubiera gustado poder expresar mis emociones en voz alta para tratar de ahuyentarlas.